

## Las alianzas político-estratégicas y la "cuestión alemana" en el siglo XX\*

**Cristian Buchrucker\*\***

### *1. El problema y las polémicas*

Cada vez que entra en crisis un sistema internacional desaparecen las viejas certidumbres y todo vuelve a discutirse. Si se vislumbra la posibilidad de cambios, aumenta el número de los que releen el pasado con la preocupación de que regrese un mal que se creía superado y se desconozcan las "lecciones de la historia" a la hora de construir el orden nuevo. Claro está que la polémica se plantea cuando se trata de determinar exactamente la identidad del peligro y el sentido preciso de lo que la historia enseña. Éste es el tipo de situación que se ha producido desde fines de los años ochenta y comienzos de los noventa con la llamada "cuestión alemana". Para los fines del presente trabajo dicha cuestión se refiere al protagonismo de Alemania en las dos guerras mundiales y, por consiguiente, a las causas y consecuencias de que este país haya tenido tantas dificultades para encontrar entre 1890 y 1945 un rol más constructivo para la paz y la cooperación en Europa. Recuperada su unidad en 1990 y habiéndose producido un marcado debilitamiento en Rusia, todos esos interrogantes relacionados con Alemania han vuelto a ocupar un considerable lugar, tanto en la reflexión historiográfica, como en la discusión política.

Una de las lecturas de la historia de los últimos cien años viene sosteniendo que el principal problema de Europa es justamente Alemania, un estado que habría actuado repetidas veces como desestabilizador. Las causas más frecuentemente mencionadas para dar razón de esta peligrosa propensión serían por un lado, una constante geopolítica, por el otro, una tenaz continuidad de cierta clase de cultura política. Consecuencia de esos factores habrían sido las dos encrucijadas fatales para la interpretación de la historia europea del siglo

---

\* Esta ponencia ofrece algunos de los resultados de una investigación realizada entre 1994 y 1996 por un equipo dirigido por el suscripto ("Los conflictos nacionalistas en Europa Centro-Oriental") contando con el apoyo de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la U.N. de Cuyo.

\*\* Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina.

XX: 1914 y 1939, los sucesivos intentos alemanes de subyugar el continente (Taylor 1963, p. 13; Martel 1986, pp. 8 y 126; la tesis recibe también apoyo en el germanocentrismo de autores como Fritz Fischer, aunque su obra de 1992 equilibra esa tendencia). En virtud de la supuesta constante geopolítica, una Alemania unida habría sido siempre demográfica, económica y militarmente demasiado fuerte para la tranquilidad y el equilibrio de Europa:

“El destino de Alemania está en la geografía (...) sólo el estado amorfo de Europa Central mantiene el equilibrio del continente. (...) Quien lograrse poseer este territorio, sea una de las grandes potencias europeas (ya existentes), o una potencia surgida en el mismo centro, ése habría de convertirse en el amo de Europa. Por ello, toda concentración alemana de poder tiene el efecto de acabar con el equilibrio.” (Schulze 1982, pp. 16-17; reflexiones similares en Loth 1989 y Krell 1992).

En virtud de la segunda causa, habría que mantener una vigilancia permanente ante el posible resurgimiento de tendencias autoritarias, xenóforas y expansivas en la vida pública alemana, supuestamente por ser éstas más “nacionales” y perdurables que otras menos irritativas. Si bien esta manera de interpretar la cuestión era muy anterior a la caída del Muro de Berlín, después de ese hecho la polémica se hizo más intensa. Un analista creía ver un “reinicio” de la “opción pangermánica continental”, por lo que consideraba que hoy como ayer era necesario “el control internacional” de la “clase política alemana” (Brandstetter 1989, pp. 806 y 812). El politólogo Albert Statz se preocupaba por el “poder estructural” de Alemania Federal, capaz de “crear inestabilidad” y engendrar “una nueva *Machtpolitik* alemana en un ropaje euro-occidental” (Statz 1992, pp. 247 y 250; de manera similar, Hampton 1992). Y en un sonado debate volvía la tesis de la continuidad histórico-geográfica: “Esta Alemania nunca en su historia logró solucionar políticamente los conflictos relativos a su situación geográfica de manera más o menos soportable” (T. Schmid en Seebacher-Brandt y Schmid 1991, p. 11).

Otra corriente interpretativa sostiene que con Alemania se habría cometido una enorme injusticia, puesto que el verdadero peligro para la paz y la libertad de Europa ha venido siempre de Rusia. La “cuestión alemana” no habría surgido sino como el producto secundario de errores que los propios alemanes, así como ingleses, franceses y norteamericanos, habrían cometido en sus intentos de resolver el problema fundamental —la “cuestión rusa”—. Tales tesis venían siendo defendidas desde hacía tiempo por el “revisionismo” de extrema derecha (por ejemplo, en Hoggan 1961). En ese contexto y siguiendo un “mandamiento dado por la naturaleza” Alemania y Austria son reivindicadas en su función de “espada y escudo de Europa” contra la irrupción del despotismo oriental (Lohausen 1994, pp. 152 y 208). En otras palabras:

“El rol histórico del centro, (...) antes ocupado por el Reich alemán y la monarquía danubiana, era el mantenimiento del equilibrio entre el Este y

el Oeste. Europa Central siempre fue el baluarte que logró frenar invasiones como la de los mongoles en 1241 y la de los turcos en el siglo XVII. Luego (...) le cerró el camino al avance del imperialismo eslavo hacia el Oeste. (...) Después de la Segunda Guerra Mundial el resto de Europa quedó expuesto a la presión directa del imperialismo eslavo." (Miksche 1992, p. 110).

El no haber permitido que Berlín asumiese su rol "natural" de líder y federador de Europa habría sido el grave error de sus enemigos occidentales, tanto en 1914-1918, como en 1939-1945. Partiendo de tales premisas, autores nacionalistas reclamaron a partir de 1990 que se negociase con Polonia la recuperación de territorios alemanes según las fronteras de 1914. Algunos revisionistas extranjeros avivaron esas esperanzas al predecir la inminente hegemonía germana en Europa —basada en "el marco"— y la recuperación de todos los territorios perdidos en 1945 (Finke 1990 e Irving 1991).

Con menos unilateralidad e inmune a la sospecha de representar solamente la apología de un determinado país se presenta finalmente un tercer conjunto de interpretaciones. Su tesis fundamental es que la auténtica y más profunda amenaza para un ordenamiento armónico de las relaciones europeas proviene del nacionalismo en general, del cual el alemán no habría sido sino una manifestación más extremista que otras. Para esta manera de ver las cosas, lo que debe ser cuestionado y superado es el principio nacional como base de las relaciones internacionales. Un importante libro de los años ochenta anticipaba esta visión en algunas de sus reflexiones, enmarcadas en una óptica más bien conservadora: allí se veía como inconveniente al nacionalismo que había logrado las unidades italiana y alemana, desapareciendo así todos "los territorios libres" de Europa que hasta 1870 habían sido tan convenientes para "absorber los choques" entre las grandes potencias. Luego de la Primera Guerra Mundial vino la "opinión pública" a limitar la libertad de acción de los diplomáticos, mientras todo se "complicaba" por el "constante crecimiento del número de los miembros activos de la comunidad internacional" (Craig y George 1983, pp. 36, 57 y 62). Desde otra perspectiva, la del internacionalismo socialista, Peter Glotz ha emitido juicios más duros:

"No una 'exageración enfermiza', sino el principio mismo del estado nacional ha convertido el siglo XX europeo en un siglo de guerras y de refugiados. (...) En cuanto a la relación entre democracia y nacionalismo, habrá que comenzar por la sencilla constatación histórica de que en los movimientos nacionales terminan por imponerse normalmente grupos autoritarios de la derecha nacionalista. En Alemania eso es muy notable; (...)" (Glotz 1990, pp. 32 y 92).

El nefasto Tratado de Versalles surgió de estadistas como Wilson, infectados por el nacionalismo, creando una multitud de mini-estados carentes de viabilidad. Y en su reciente libro, Eric Hobsbawm también coincide en la condena de "ese principio", en el que cree ver tanto el origen de los errores de 1919.

como de "los conflictos nacionales que desgarran el continente en los años noventa." (Hobsbawm 1995, p. 39).

En general llama la atención el hecho de que se pretenda sostener tesis tan marcadas como las de estas tres corrientes, basándolas en un aparato conceptual relativamente pobre, y en buena parte anacrónico, con el cual se torna virtualmente imposible analizar críticamente el problema. Las consideraciones que haré en la segunda parte de este trabajo deben ser entendidas como un aporte a la tarea de superar dicha falencia.

## 2. Amenazas y alianzas

Decir que un estado colabora o no en la preservación de la paz y que contribuye o no a la cooperación internacional implica ante todo definir qué entendemos cuando decimos que existe un peligro o amenaza a esos valores. En la historia europea de los últimos cien años es especialmente relevante el concepto de *amenaza bélica probable* (ABP), instrumento analítico que propongo entender como una situación caracterizada por la conjunción de los siguientes elementos:

a) Un tema conflictivo de suma gravedad, especialmente el que se da cuando dos o más estados consideran inaceptables ciertas fronteras, la continuidad del/los sistema/s político/s vigente/s o la supervivencia económica de las respectivas sociedades;

b) Una gran asimetría en el potencial militar de los actores del conflicto;

c) Ciertas características del sistema político y de las élites de los estados dotados de ventajas militares, rasgos que resultan cruciales para el funcionamiento de la percepción de las situaciones y el proceso de toma de decisiones;

d) La proximidad geográfica entre las partes en conflicto, aunque la tecnología ha ido reduciendo la importancia de este factor (armas de destrucción masiva y largo alcance);

e) La persistencia de una memoria histórica trágica (pasados conflictos y sufrimientos convertidos en la figura de un "enemigo hereditario" (véase Buchrucker y Mendoza 1993, pp. 73-74).

Con toda intención esta idea de la amenaza bélica probable incorpora variables que no son tenidas en cuenta por el enfoque del tradicional "realismo". De la misma manera procederemos en el caso de las alianzas, cuyo tejido ha sido uno de los elementos claves para configurar la historia de las relaciones internacionales. Una definición de las alianzas en términos de lo que estrictamente solía considerarse "estratégico-militar" resulta inadecuada para la intelección de la complejidad real de los fenómenos. Como tipos ideales propongo distinguir dos tipos de alianzas, según su potencialidad con respecto al sistema del equilibrio europeo: *alianzas constructivas de larga duración* (AC) y *alianzas coyunturales destructivas* (AD). Sus características son comparadas en el siguiente esquema:

AC	AD
1) Se proponen fundamentalmente reducir la vulnerabilidad militar de sus miembros.	1) Se proponen crear y mantener las condiciones que facilitan La acción agresiva contra terceros.
2) Entre los estados miembros hay un alto grado de compatibilidad de los sistemas políticos y socio-económicos.	2) Esa compatibilidad puede no existir.
3) En la cultura política los mitos son contrapesados por la vigorosa presencia del pluralismo crítico. La negociación es altamente valorada.	3) Se alimenta sistemáticamente una memoria histórica resentida, basada en mitos histórico-políticos indiscutidos. La negociación no tiene mucho prestigio en esta cultura política.
4) Son alianzas político-militares que resultan compatibles con las demandas económicas de las respectivas sociedades, tanto en lo interno (carga fiscal) como en el plano externo (altos niveles de interdependencia).	4) Son alianzas que favorecen la consolidación de economías de guerra y de bloques regionales cerrados.
5) Son compatibles con un orden internacional basado en principio de legitimidad consensuados.	5) Solamente representan la defensa unilateral de intereses particulares de sus miembros.

Creo que puede ser de alguna utilidad aplicar estas categorías (ABP, AC y AD) a una revisión de las principales alianzas y situaciones conflictivas en las que Alemania jugó un papel en los últimos cien años, ejercicio que, aunque no resolverá todos los problemas, al menos introducirá más transparencia y rigor analítico en un debate que no se ha caracterizado precisamente por el predominio de tales rasgos. Naturalmente aquí sólo hay lugar para un breve esbozo, que ordenaremos según cuatro períodos: Alemania guillermina (1890-1918); weimariana (1919-1932); nacionalsocialista (1933-1945) y "Las dos Alemanias" (1949-1989).

*a) Alemania guillermina (1890-1918)*

Guillermo II entra en la Primera Guerra Mundial con un sistema que ha

quedado reducido a la originaria "Doble Alianza" entre Alemania y Austria-Hungría. A primera vista tanto esta alianza como su antagonista, la Entente, parecen ser formas primitivas del tipo AC, ya que se plantean como defensivas y equilibradoras. Sin embargo, la Doble Alianza se distingue por su artículo cuarto, que expresamente menciona el derecho de cada socio de iniciar una "guerra preventiva", recibiendo la neutralidad benévola y más adelante la colaboración del otro (Stern y otros 1974, vol. I, pp. 197-198). Se abre así una puerta por la que entrarán los estados mayores de las potencias centrales para sustituir al poder político en la conducción de las relaciones internacionales. En 1914, el "cheque en blanco" del Káiser a Viena, las presiones de los militares, la no aceptación alemana de la conferencia internacional propueseta por Inglaterra y la rigidez del Plan Schlieffen van a convertir a los Imperios Centrales en un sistema de tipo AD. Lo que no quita que del otro lado ocurriese algo parecido con la irresponsabilidad serbia (sus servicios secretos trabajaban con terroristas en Bosnia) y el apresuramiento ruso (fueron los primeros en movilizar) (Para esta apreciación de las causas de la Primera Guerra Mundial, véanse Kantorowicz 1967, Geiss 1980, Hillgruber 1986, Fischer 1992 y Benz 1992).

Durante la guerra, tanto la Alemania guillermina como la Rusia zarista van a desarrollar planes para una Europa futura que resultan incompatibles tanto con la idea mecánica del equilibrio, como con cualquier criterio de legitimidad éticamente más elevado. Mientras Nicolás II sueña con la balcanización de Europa Central y un crecimiento de su ya sobreextendido imperio, Hindenburg y Ludendorff aceptan proyectos pangermanistas de expansión hacia el Este (véanse Paleologue 1935, pp. 198-202 y Riezler 1972, p. 390). En 1918 la Paz de Brest-Litovsk los convertirá en efímera realidad, aunque el año anterior la impotente mayoría del Reichstag había reclamado una paz sin anexiones. Pero ya en 1916 Max Weber señalaba que la causa de las Potencias Centrales sólo podía ganar credibilidad si empuñaba con sinceridad la bandera del derecho de las nacionalidades pequeñas, proclamando un nuevo principio de legitimidad internacional:

"(...) En efecto, una de las frases citadas por nuestros enemigos habla del problema de las 'pequeñas naciones'. Si ellos quisieran concluir verdaderamente la paz sobre la base del principio de las nacionalidades ¡pues bien, nosotros podríamos hacerlo, pero entonces digámoslo en voz alta ante todo el mundo cada día!" (Weber 1984, I, p. 54).

Los señores de la guerra no lo escucharon, pero esa bandera fue recogida por los revolucionarios rusos y el presidente norteamericano Wilson. En el decisivo año 1918 las Potencias Centrales no sólo fueron derrotadas en el plano material, sino también en el de las ideas-fuerza, porque nada convincente podían oponer a los lemas de sus adversarios.

b) *Alemania de Weimar (1919-1932)*

El Tratado de Versalles terminó siendo un compromiso bastante incoherente entre el nuevo principio de la autodeterminación nacional y los repartos imperiales. Aun así, la mera presencia de aquel principio y los mecanismos internacionales de negociación centrados en la flamante Liga de las Naciones marcan una tendencia: la Liga, nacida como asociación de los vencedores de la guerra (y así afectada por un lastre práctico e ideológico de tipo destructivo) tenía en su seno elementos capaces de evolucionar hacia una versión potencialmente universal de tipo AC.

A la joven República de Weimar se le abrían tres caminos posibles para definir su status y su rol internacional:

1) Formar un eje Berlín-Moscú y convertirlo en la palanca del rearme y el revisionismo, oponiéndose frontalmente al orden liderado por Inglaterra y Francia. Sin llegar jamás a las versiones extremas de esta opción que favorecerían sectores minoritarios, algunas iniciativas de Alemania se acercaron bastante a ella (el acuerdo de Rapallo y la secreta colaboración técnica entre la Reichswehr y el Ejército Rojo). Un objetivo central para los defensores de este proyecto lo constituía la destrucción de Polonia. Los temores occidentales frente a esta posible opción fueron muy claramente expresados por Lloyd George en 1919: "El mayor peligro que veo en la situación actual es éste: que Alemania se una al bolchevismo (...)" (véanse Versailles 1988, pp. 42-46 y Keynes 1987, p. 187).

2) La inserción en el sistema de seguridad colectiva occidental, aspirando al logro de un status de socio igualitario y dejando abierta la posibilidad de recuperar algo de los territorios perdidos en el Este con el beneplácito de Inglaterra y Francia. Este revisionismo moderado y negociador se vio encarnado por la política de Stresemann y fue la línea dominante en la segunda mitad de los años veinte. Los hitos principales que marcaron su desarrollo fueron los siguientes:

1925: Acuerdos de Locarno;

1926: Acuerdos sobre la producción del acero entre Alemania, Francia, Bélgica y Luxemburgo; Alemania entra en la Liga de las Naciones;

1929: Alemania adhiere al Pacto Briand-Kellog.

3) La adopción del rol de punta de lanza de una coalición antisoviética, encabezada por Berlín, Londres y Roma. Para muchos miembros de la ultraderecha alemana esta opción, propugnada por Hitler, constituía la salida ideal, porque combinaba beneficios materiales y seguridad ideológica de una manera que no podían hacerlo las opciones precedentes. Pero en los años veinte Inglaterra no mostró interés por tan aventurera propuesta.

Lo cierto es que de estas tres opciones, solamente la segunda puede ser considerada constructiva, mientras que tanto la primera como la tercera

implicaban la formalización de alianzas destructivas y el surgimiento de una nueva amenaza bélica probable.

c) *Alemania nacionalsocialista (1933-1945)*

Si ya en los años veinte Berlín había demostrado que con cierta cautela era capaz de manejar la segunda opción, sin desdeñar del todo algunos elementos de la primera, Hitler iba a superar a sus predecesores en el juego pendular. No rompió en forma inmediata y absoluta con el “espíritu de Locarno”, sino que entre 1933 y 1938 comenzó a reinterpretarlo crecientemente en el sentido de la tercera opción —lo que terminaría siendo el “espíritu de Munich”—. Los aspectos destacados de esta política fueron los siguientes:

1934: Hitler firma un pacto de no agresión con Polonia;

1935: Acuerdo germano-británico sobre limitación de armamentos navales;

1936: Hitler presta auxilio al levantamiento de Franco; firma del “Pacto Anticomintern” entre Alemania y Japón;

1937: Entrevista de lord Halifax con el dictador alemán.

Como enviado del flamante gobierno conservador de Neville Chamberlain, Halifax hizo ofertas que restituían a Alemania la posición de par que había tenido hasta 1914, abriendo el camino a los éxitos de Hitler en Austria y los Sudetes. En las palabras del lord-canciller:

“En Inglaterra no se cree que el *status quo* deba ser mantenido a cualquier precio. Reconocemos que hay que prepararse para una adaptación a nuevas circunstancias, una corrección de errores anteriores y la alteración de las condiciones existentes (...). No se debe excluir ninguna posibilidad de cambio de la situación actual, pero esa transformación sólo debía darse sobre la base de un arreglo razonable (...). Dentro de las mencionadas cuestiones se encontraban los casos de Danzig, Austria y Checoslovaquia. Inglaterra sólo tenía interés en que tales cambios ocurriesen por la vía de la evolución pacífica (...)”. (Michálka 1985, I, pp. 239-240).

Cuando la resistencia anglofrancesa a darle carta blanca en el Este se hizo clara (marzo de 1939) y un intento de reconstituir la Entente se dibujó en el horizonte, Hitler viró rápidamente hacia la alternativa 1, surgiendo así el pacto Ribbentrop-Molotov. Como pocos, este acuerdo llevaba todas y cada una de las características que configuran el tipo AD (véanse Michálka 1985, Niedhart 1989 y Wegner 1991). Se creaban así las condiciones óptimas para el desencadenamiento de una serie de agresiones en Europa, acciones que protagonizaron tanto Berlín y Roma como Moscú. Recordemos la lista:

23/08/1939: El pacto entre el Tercer Reich y la URSS incluye un acuerdo sobre las "respectivas esferas de influencia en Europa Oriental".

01/09/1939: Alemania invade Polonia.

17/09/1939: El Ejército Rojo entra en territorio polaco.

Setiembre y octubre de 1939: La URSS obtiene mediante amenazas la cesión de bases militares en las tres repúblicas bálticas.

Noviembre de 1939: Ucrania occidental y Polonia oriental son incorporadas "jurídicamente" en la URSS.

30/11/1939: Rusia ataca a Finlandia.

11/02/1940: Un nuevo acuerdo intensifica las relaciones económicas entre Berlín y Moscú.

Junio-agosto de 1940: Estonia, Letonia y Lituania son anexadas por la URSS. Rumania pierde Besarabia y Bucovina del Norte.

La Alemania de Hitler comenzó la Segunda Guerra Mundial en condiciones diferentes —de hecho más ventajosas— que las de la Primera. Hasta qué punto los nacionalsocialistas representaban una continuación y radicalización del proyecto imperial abortado en 1918 queda muy claro en las siguientes palabras de Goebbels a los jefes del NSDAP:

"Queremos espacio vital (...). Cuando esta guerra haya terminado queremos ser los señores de Europa; (...) vamos a tener un gran imperio colonial, (...). Nosotros los nacionalsocialistas siempre tuvimos el punto de vista de que en 1918 la guerra no se había terminado; eso fue solamente un final provisorio y después vino la gran pausa. El acto final se desarrolla ahora: este drama va a terminar con una victoria alemana y no va a ser una tragedia." (Viena, octubre de 1940, en Michalka 1985, II, p. 144).

Pero el dilema y las respuestas estratégicas se repitieron. En 1914 se había apostado a poner fuera de combate primero a las potencias occidentales, luego a Rusia; ése fue también el camino de Hitler en 1940. A partir de 1915 el Estado Mayor Alemán empezó a inclinarse por la tesis de "primero Rusia, después el Oeste". Ese cambio de las prioridades fue repetido por Hitler en 1941. Pero la inesperada capacidad bélica rusa, la prolongación de la guerra en dos frentes y la intervención de Estados Unidos terminaron por sepultar la aventura imperial del Tercer Reich.

#### *d) Las dos Alemanias (1949-1989)*

Entre 1945 y 1949 Alemania desapareció del escenario como sujeto político, para regresar luego, dividida entre los dos bloques que habían iniciado la Guerra Fría. Las dos Alemanias constituyeron para muchos europeos occidentales y orientales la "solución" a la "cuestión" que había planteado esa potencia

desde los comienzos del siglo: el poder político-militar decisivo ya no estaba en manos de sus gobernantes. La República Federal, al integrarse en la OTAN y la Comunidad Económica Europea retomó la opción de Stresemann con una coherencia y un éxito que no tuvieron los hombres de Weimar. Dadas las circunstancias, era inevitable que la propaganda soviética de los años cincuenta y sesenta presentara esta opción estratégica como la máscara y el preludeo de lo que había sido la tercera opción en los años veinte (el supuesto "revanchismo", apoyado por una alianza capitalista global). La sedicente República Democrática Alemana se constituyó en una versión reformada y reducida del sueño leninista del eje "proletario" Moscú-Berlín. Por obvias razones, esa realidad ya no inspiraba a los políticos occidentales el temor que causó la versión original. Aquí como allá, las nuevas relaciones de fuerza favorecieron la estabilidad en Europa y calmaron las preocupaciones que los ya señalados elementos de continuidad aún podían generar. Para algunos, las dos Alemanias eran la pieza clave de la mejor de las Europas posibles. Todavía a mediados de 1989, analistas como K. H. Hansen y M. Schmidt sostenían que "ambos estados alemanes" eran "necesarios" para el mantenimiento de una Europa pacífica.

### *3. Seis tesis para una relectura de la "cuestión alemana"*

Ninguna de las tres corrientes interpretativas resumidas en la primera parte de este trabajo me parecen adecuadas para aclarar la "cuestión alemana". Aunque en las tres existen elementos que pueden ser integrados en un conjunto más satisfactorio.

*La lectura germanófoba de la política europea del siglo XX* cae frecuentemente en un mecanicismo geopolítico que sería más creíble si sus adherentes fuesen capaces de seguirlo consecuentemente. Porque si fuera cierto que el mero "peso" de una Alemania unida resulta insoportable para sus vecinos más débiles, entonces también habría que reclamar la división de EE.UU. —potencia demasiado "pesada" para Canadá y las repúblicas centroamericanas—, así como la división de China e India, no menos colosales frente a vecinos como Vietnam, Laos, Corea, Birmania, Bhutan, Bangladesh y Sri Lanka. Sin embargo, los autores en cuestión no dan ese paso. El otro argumento, el de la continuidad de tendencias autoritarias e imperialistas carece de buena base empírica: ni los resultados electorales ni las encuestas permiten detectar en la Alemania de nuestro tiempo una presencia de tales actitudes que sea superior al promedio de lo que se encuentra en otros países de Europa Occidental.

*No menos unilateral resulta la perspectiva de los rusóforos*, demasiado proclives a silenciar hechos que no encajan en su tesis de Alemania como tradicional defensora de Europa. Baste señalar la complicidad prusiana con la destrucción de Polonia en el siglo XVIII, un proceso histórico que abrió las puertas al avance del poderío moscovita hacia el corazón del continente y creó

uno de los focos conflictivos más graves de la historia contemporánea. Por otra parte, por el hecho de que haya existido una tradición imperialista en el estado ruso no se deriva automáticamente un derecho "natural" de Alemania al liderazgo para "salvar" a los europeos.

En cuanto a *los antinacionalistas militantes*, nos parece que en su afán de tirar el agua sucia por el desagüe, corren el riesgo de darle parecido destino al bebé recién bañado. Hay una pregunta básica que sus trabajos no responden y es ésta: si el principio de la autodeterminación nacional es tan nefasto, ¿qué otro criterio debe ser utilizado para fijar las fronteras? Porque las vagas referencias a lograr una "armonía" entre ese principio y las "preocupaciones" o "intereses" de otras naciones no hace más que abrir las puertas a la arbitrariedad y la hipocresía.

En los párrafos siguientes trataré de esbozar una reinterpretación de la "cuestión alemana", intentando cumplir más adecuadamente con las exigencias de coherencia interna y fundamentación empírica. Para lograr una mayor claridad la presentaremos bajo la forma de seis tesis.

#### *Primera tesis: claridad analítica*

El punto de partida de cualquier interpretación de las crisis político-militares de un sistema internacional no debe ser la fijación obsesiva en un único actor (Alemania o Rusia en este caso), ni la elección de categorías demasiado amplias y vagamente definidas que luego no se pueden o no se quieren utilizar de manera consecuente (es el caso de "el centro geopolítico amenazador", "las peligrosas tradiciones alemanas" o "el nacionalismo"). En cambio, parece más fructífera la utilización de conceptos cuidadosamente definidos (ABP, AC y AD en la segunda parte) que luego se aplican rigurosamente a todas las formaciones históricas reales interactuantes. Logrado ese marco también resulta más fácil darle su justo lugar y peso a las polémicas que se refieren a documentos y hechos puntuales.

#### *Segunda tesis: particularidades germanorrusas*

Siguiendo el camino arriba señalado, se comprueba sin duda alguna que entre 1890 y 1945, tanto Alemania como Rusia establecieron alianzas con fuertes componentes destructivos y generaron amenazas bélicas probables. La interacción entre las dos potencias mencionadas es fundamental para la explicación de esas amenazas. Esta grave responsabilidad no puede reducirse de manera exclusiva al círculo formado por las élites germana y rusa, pero comparativamente resultaron bastante menores los componentes AD y ABP en algunas otras potencias de primer rango, tales como Inglaterra y Francia (véase especialmente la evidencia documental presentada en Geiss 1980 y Hillgruber 1986).

*Tercea tesis: tendencias históricas profundas*

Las fuerzas históricas profundas que explican esos rasgos preocupantes de las políticas internacionales de Alemania y Rusia se entienden mejor si se las visualiza como la interacción entre grandes dilemas: el dilema de los dos perturbadores y el dilema nacional-imperial. Ambos parecen surgir de la problemática especial de una zona de contacto entre distintos tipos de sociedad. Las formas más modernas de la actividad comercial y financiera, así como las innovaciones tecnológicas, las ideas liberales y democráticas y los rasgos de una sociedad mercantil y pluralista se desarrollaron a partir del siglo XIII al Oeste de una línea Norte-Sur que va desde Jutlandia al Adriático. A medida que pasaba el tiempo este síndrome de la modernidad logró avanzar hacia el Este, aunque siempre fragmentado y dividido por las resistencias de las tradiciones agrarias, señoriales e imperiales de esa otra Europa. Comenzando en el siglo XVII, una tendencia de otro tipo se proyectó desde el Ducado de Moscovia en sentido contrario: fue la expansión militar rusa hacia el Oeste. Desde entonces las élites conservadoras alemanas se encontraron en la zona en que ambas tendencias chocaban. En su óptica, el peligro era doble: por un lado el modernismo "excesivo" de origen anglosajón; por el otro, la "barbarie moscovita". Por su parte los gobernantes rusos también querían una "modernización domesticada" y oscilaron siempre entre la tentación de asegurarla con una política germanófila y el riesgo de una confrontación con la potencia central que podía detener su marcha hacia el Oeste.

*Cuarta tesis: el dilema de los dos perturbadores*

Hasta comienzos del siglo XVIII se habían desarrollado en Europa dos sistemas internacionales escasamente conectados entre sí: el del Oeste (España, Francia, Inglaterra, el Sacro Imperio) y el del Este (Moscovia, Lituania-Polonia, Suecia y el Imperio Otomano). A partir de mediados de ese siglo, ambos empezaron a fundirse en uno solo. En la parte occidental había surgido como una regla práctica no escrita el "equilibrio de las potencias": cada vez que un perturbador había dado señales desestabilizantes, una coalición de todos (o casi todos) los demás había frenado su ascenso. Pero una pregunta jamás había sido respondida: ¿Serían exitosas las coaliciones equilibradoras si dos grandes potencias asumían proyectos hegemónicos al mismo tiempo? Por lo menos desde fines del siglo XIX, Alemania y Rusia, dotadas de ventajas tecnológicas la primera y de recursos inmensos la segunda, estaban especialmente tentadas por ese interrogante. Porque para contener las aventuras de una de estas potencias, las demás necesitaban a la otra... pero, debilitada en una guerra uno de los perturbadores, ¿no quedaba facilitado el camino para que el segundo (fuese Berlín o San Petersburgo-Moscú) intentase la dominación de Europa? El "gran juego" internacional había sido tradicionalmente optar por un proyecto imperial o una alianza equilibradora; ahora se agregaba una tercera estrategia seductora: primero, con la ayuda de las potencias

amigas del equilibrio, sacar del escenario al competidor por la hegemonía; luego, arrinconar a las demasiado débiles aliadas de ayer. Y con un poco de moderación hasta era imaginable una cuarta: el reparto del continente por una alianza de los dos estados más fuertes.

En ese contexto resultaba clave para los defensores del equilibrio determinar la confiabilidad de los socios: mientras más incompatibles fuesen las ideologías de los equipos dirigentes, menos fácil resultaba esa tarea. Esa heterogeneidad jamás fue tan grande como en la Europa de los años veinte, treinta y cuarenta, lo que resultó ser un factor de primer orden en la génesis de la Segunda Guerra Mundial y de la Guerra Fría. Lo cierto es que los proyectos políticos más amenazadores —las opciones tercera y cuarta en el "gran juego"— no podían seducir a todos los actores por igual: su contenido y su costo resultaban mucho más coherentes con la cosmovisión de élites autoritarias y militaristas como la alemana y rusa de 1914, y más aún con la de nacionalsocialistas y estalinistas en 1939.

#### *Quinta tesis: el dilema nacional-imperial*

La base de la legitimidad de las fronteras de la Europa Central y Oriental al comenzar la historia contemporánea era la aceptación de hechos imperiales: la superioridad militar de alemanes y rusos se había adjudicado trozos de otras naciones. El interés común de los dominadores implicaba rechazar el principio nacional, como Bismarck argumentó siempre en su correspondencia diplomática con San Petersburgo y Viena. ¿Pero acaso las guerras de 1864, 1866 y 1870 no se habían hecho bajo la divisa del nacionalismo alemán? El dilema estaba planteado: para una *Machtpolitik* etnocéntrica a veces convenía enarbolar el "principio" cuya reivindicación por terceros era vista como una impertinencia. Y así se sucedieron los intentos de dar "la paz" al continente sobre la mezcla absurda de dos normas incompatibles: en 1914 el Zar quería conservar Polonia, pero "liberar" a las naciones gobernadas por los austro-húngaros; Guillermo II propiciaba una Ucrania "independiente", pero también la adquisición de los países bálticos como entidades satélites de Alemania; Hitler combinó la "cruzada antibolchevique" con el proyecto de "colonias militarizadas" alemanas hasta los Urales; y finalmente Stalin "liberaba" a los "hermanitos eslavos" imponiéndoles partidos comunistas incapaces de ganar elecciones limpias.

Lo cierto es que la existencia de los dos grandes dilemas mencionados hizo que, al menos entre 1890 y 1945, la concertación de tratados coyunturales destructivos implicase casi siempre premios tangibles a corto plazo, aunque también el incremento en la probabilidad de las amenazas bélicas. Las alianzas constructivas y duraderas no sólo eran incapaces de tentar con botines comparables, sino que en muchos casos resultaba imposible concertarlas. Sobre la base de esa experiencia histórica, ¿qué representan las transformaciones del escenario europeo ocurridas entre 1989 y 1991?

En primer lugar, el dilema de los dos perturbadores no puede formularse hoy en los términos dramáticos que resultaban válidos por lo menos hasta 1945. La memoria de los sufrimientos de las guerras mundiales se ha incorporado con solidez en la cultura política de las modernas dirigencias alemana y rusa (véase Niedhart y Riesenberger 1992). La superioridad tecnológico-militar de Alemania frente a Rusia quedó anulada a partir de la industrialización estalinista; la invulnerabilidad de Rusia frente a ejércitos extranjeros (espacio + invierno) desapareció con el advenimiento de la era atómica y los misiles intercontinentales. Las peligrosas tentaciones de intentar la tercera o cuarta jugada en el tablero internacional (véase más arriba) son hoy mucho menos seductoras que antes de 1945, incluso si se las evalúa desde el más amoral de los "realismos". Y por primera vez en la historia, a partir de la década de los noventa en todos los países europeos se ha instalado como dominante la sociedad pluralista y mercantil, junto con la democracia política.

Por todo ello, la actual textura de las alianzas y tratados europeos descansa sobre un fundamento mucho más sólido que el del pasado. La OTAN y más claramente aún la CSCE cumplen con los requisitos esenciales de lo que he denominado alianzas constructivas de larga duración. Los acuerdos decisivos del período 1990-1991, al sancionar cambios moderados y negociados, se adaptan al mismo modelo. Me refiero aquí al "Tratado sobre el arreglo definitivo en relación con Alemania" (12/9/1990), al "Tratado germanoruso de cooperación" (9/11/1990), al "Tratado germano-polaco de límites" (14/11/1990) y al "Tratado germano-polaco de buena vecindad" (17/6/1991) (véase detalles en Münch 1992). El producto es una arquitectura cuyo potencial para las relaciones internacionales pacíficas es vastamente superior a todo lo que se hizo en Versalles, Locarno, Yalta y Potsdam. Esto no significa que guerras locales y civiles en ciertos rincones de Europa no sean posibles; Bosnia, Georgia y Chechenia lo demuestran. Lo que se ha obtenido es nada más —y nada menos— que una drástica reducción de la probabilidad de una amenaza bélica originada por una o varias potencias importantes: no se vislumbran conflictos interestatales de extrema gravedad, las asimetrías entre los actores están compensadas por alianzas, las élites belicistas están marginadas del poder y los sistemas educativos tienden cada vez más a destruir viejos mitos sobre "enemigos hereditarios" (sobre esto último: Richter 1990).

En lo concerniente al segundo dilema también pueden verse señales que permiten abrigar un moderado optimismo. En relación con esto nos permitiremos una reflexión que resultará bastante heterodoxa para muchos, pero a favor de la cual hay buenos argumentos:

*Sexta tesis: el inesperado regreso del mapa de 1919.  
¿Versalles reivindicado?*

El mapa político de la Europa de hoy se ha construido gracias a una confluencia entre el principio democrático y la idea nacional, confluencia que contradice

en los hechos al pesimismo de quienes —como Glotz y Hobsbawm— condenan al nacionalismo como presunto origen de todos los males. Reexaminados desde la perspectiva de los noventa, el Tratado de Versalles y la Europa de 1919 no aparecen tan condenables y perversos como éstos y otros autores suelen presentarlos. Si observamos la región que experimentó mayores cambios —Europa Central y Oriental— un rápido panorama de las transformaciones estatales durante el siglo XX nos revela lo siguiente:

- 1914: Hay más de veinte naciones en el área, pero sólo nueve estados.
- 1919: Hay 19 estados, entre ellos Ucrania, Armenia, Georgia, Azerbaijón, Estonia, Letonia, Lituania, Finlandia, Checoslovaquia y Polonia, todos los cuales albergan naciones que antes no tenían estado propio. No todos, pero la mayoría de estos cambios se apoyan en elecciones competitivas.
- 1949: Se ha producido una reducción a 13 estados, sin que en ese proceso haya sido decisiva la autodeterminación de las poblaciones involucradas.
- 1997: Existen 25 estados. No todos coinciden con la lista de 1919, pero resurgen Ucrania, Armenia, Georgia, Azerbaijón y los tres países bálticos. Salvo la transformación yugoeslava y caucásica, acompañadas de gran violencia, estos cambios se han dado con bajos costos humanos y una fuerte base electoral.

Sorprendentemente para los antinacionalistas dogmáticos, el fin de la Guerra Fría abrió el camino a algo que, con cierta ironía podríamos denominar "Versalles restaurado y mejorado". Restaurado, porque la lista de estados soberanos de hoy no se parece a ninguna otra tanto como a la de 1919. Mejorado, porque el ordenamiento actual incluye un sistema de seguridad colectiva más creíble que el de entreguerras y el protagonismo del principio de autodeterminación nacional ha sido mayor en esta oportunidad. Si algo había que objetar al Tratado de Versalles era el hecho de que no hubiera aplicado ese principio de manera coherente, de que lo hubiese subordinado en varios casos a intereses hegemónicos y revanchistas, disfrazados con la consigna de la "seguridad" de algunos a costa de la justicia para todos.

¿Se ha superado con esto definitivamente el dilema nacional-imperial? Quizá es prematuro afirmarlo, pero sí cabe la conclusión de que las tradicionales "cuestiones" alemana y rusa, amenazadoramente entrelazadas hasta hace poco, se presentan hoy de manera fundamentalmente distinta y bastante menos sombría a la mirada preocupada de sus vecinos y del mundo entero. Por lo menos para quienes compartimos una óptica que no es cerradamente hostil al principio de la autodeterminación nacional, este escenario nos resulta bastante aceptable (véanse posiciones similares en Bibó 1992, Kren 1993, Lind 1994 y O'Leary 1996).

*Bibliografía*

- Benz, W. (ed.) 1992: *Legenden, Lügen, Vorurteile, Ein Wörterbuch zur Zeitgeschichte*, Munich.
- Bibó, I., 1992: *Die Misere der osteuropäischen Kleinstaaterei*, Francfort (1ª ed. húngara en 1946).
- Brandstetter, K. J. 1989: Unaufhaltsamer Wiederaufstieg der Achsenmächte?, en "Blätter für Deutsche und Internationale Politik", año 34, vol. II, nº 7.
- Buchrucker, C. y Mendoza, O. (comp.) 1993: *El Nuevo Orden Mundial y nosotros*, San Juan.
- Craig, G. A. y George, A. 1983: *Force and Statecraft. Diplomatic Problems of Our Time*, Nueva York.
- Finke, F. 1990: Verzicht ist für Bonn kein Verrat mehr, en "Deutschland in Geschichte und Gegenwart", nº 3.
- Fischer, F. 1992: *Hitler war kein Betriebsunfall*, Munich.
- Geiss, I. (ed.) 1980: *Juli 1914*, 2ª ed., Munich (selección documental).
- Glötz, P. 1990: *Der Irrweg des Nationalstaats*, Stuttgart.
- Hampton, M. 1992: Die deutsche vision einer sich wandelnder Welt, en B. Schoch (comp.): "Deutschlands Einheit und Europas Zukunft", Francfort.
- Hansen, J. H. 1989: "Stolperstein oder Baustein", en "Blätter für Deutsche und Internationale Politik", año 34, vol. III, nº 19.
- Hillgruber, A. 1986: *Deutschlans Rolle in der Vorgeschichte der beiden Weltkriege*, 3ª ed., Göttingen.
- Hobsbawm, E. 1995: *Historia del siglo XX*, Barcelona.
- Hoggan, D. L. 1961: *Der erzwungene Krieg, Die Ursachen und Urheber des 2. Weltkrieges*, (trad. del inglés), Tubinga.
- Irving, D. 1991: Die deutsche Seele ist besetztes Gebiet, en "Nation", nºs 4 y 5.
- Kantorowicz, H. 1967: *Gutachten zur Kriegsschuldfrage 1914*, Francfort (1ª ed. 1927).
- Keynes, J. M. 1987: *Las consecuencias económicas de la paz*, Barcelona (1ª ed. 1919).
- Krell, G. 1992: Gleichgewicht aus der Mitte, en B. Schoch, *op. cit.*, Francfort.
- Kren, J., 1993: "Keine Demokratie ohne Lösung der nationalen Frage", en B. Faulenbach y H. Timmermann (eds.), "Nationalismus und Demokratie", Essen.
- Lind, M. 1994: In Defense of Liberal Nationalism, en *Foreign Affairs*, mayo-junio de 1994.
- Lohausen, Barón J. von 1994: *El coraje para el poder. Pensamientos continentales*, Buenos Aires (de la ed. alemana de 1979).
- Loth, W. 1989: *Ost-West Konflikt und deutsche Frage*, Munich.
- Martel, G. (Comp.) 1986: *The Origins of the Second World War Reconsidered. The AJP Taylor Debate after 25 Years*, Boston.
- Michalka, W. 1985: *Das Dritte Reich, Dokumente zur Innen und Aussenpolitik*, Munich (2 vols.).
- Miksche, F. O. 1992: *Das Ende der Gegenwart, Europa ohne Blöcke*, Francfort/Berlín.
- Münch, Y. von (ed.) 1992: *Die Verträge zur Einheit Deutschlands*, 2ª ed., Munich.
- Niedhart, G. 1989: *Internationale Beziehungen 1917-1947*, Paderborn/Munich/Wien/Zurich.

- Niedhart, G. y Risenberger, D. (eds.), 1992: *Lernen aus dem Krieg? Deutsche Nachkriegszeiten 1918.-1945*, Munich.
- O'Leary, B. 1996: "Insufficiently liberal and insufficiently nationalist", en *Nations and Nationalism*, vol. 2, parte 3, nov. 1993.
- Paléologue, M. 1935: *La Russie des Tsars pendant la Grande Guerre*, París (3 vols.).
- Richter, H. E. (ed.), 1990: *Russen und Deutsche*, Hamburgo.
- Riezler, K. 1972: *Tagebücher, Aufsätze, Dokumente*, Göttingen.
- Seebacher-Brandt, B. y Schmid, T. 1991: Die Linke und die Einheit, en *Die Neue Gesellschaft / Frankfurter Hefte*, año 38, nº 6.
- Schmidt, M. 1989: "Zwei deutsche Staaten im 40. Jahr", en "*Blätter für Deutsche und Internationale Politik*", año 34, vol. III, nº 10.
- Schulze, H. 1982: *Weimar Deutschland 1917-1933*, Berlín.
- Statz, A. 1992: "Zwischen neuer Machtpolitik und Selbstbeschränkung", en B. Schoch, *op. cit.*, Francfort.
- Stern, C. y otros 1974: *dtu-Lexikon zur Geschichte und Politik im 20. Jahrhundert*, Munich (3 vols.).
- Taylor, A. J. P. 1963: *Los orígenes de la Segunda Guerra Mundial*, Barcelona.
- Versailles 1988: *Der Vertrag von Versailles* (cuerpo documental y otras fuentes relacionadas con el Tratado), Francfort/Berlín.
- Weber, Max 1984: *Escritos políticos*, (ed. de J. Aricó), México (2 vols.)
- Wegner, B. (comp.) 1991: *Zwei Wege nach Moskau; vom Hitler-Stalin Pakt bis zum Unternehmen Barbarossa*, Munich.

## RESUMEN

En las últimas décadas la "cuestión alemana" volvió a constituirse en un tema de debate. Con la unidad de Alemania, tras la caída del Muro de Berlín, surgieron varios interrogantes que varían según la corriente interpretativa.

El rol del estado alemán constituyó un elemento desestabilizante para Europa, en dos momentos trágicos de la historia mundial 1914-1918 y 1939-1945. ¿En qué medida habría una constante geopolítica, y en virtud de ella, la unidad alemana podría perturbar la tranquilidad y el equilibrio de Europa?

Después de la segunda guerra y con la división en dos de Alemania, ¿no se habría cometido una injusticia, cuando el verdadero peligro para Europa provenía de Rusia? ¿O acaso, el verdadero peligro para un ordenamiento armónico de las relaciones europeas proviene del nacionalismo en general?

El autor analiza cada una de estas corrientes interpretativas y elabora seis tesis para una nueva lectura de la "cuestión alemana".

## ABSTRACT

*In recent decades the "German question" has once again become a topic of debate. German unity after the fall of the Berlin Wall raised several questions depending on the particular line of interpretation.*

*The role of the German state was a destabilising element for Europe at two tragic points in world history, 1914-1918 and 1939-1945. To what extent could there be a geo-political constant and if so, might German unity disturb European peace and balance?*

*After the Second World War, did Germany's division into two perhaps constitute an injustice, when the real danger for Europe was from Russia?*

*Or does the real danger for a harmonious ordering of European relations perhaps come from nationalism in general?*

*The author discusses each of these lines of interpretation and develops six theses for a new reading of the "German question".*